

las épocas primitivas sin absurdos errores, y que admitió en cada astro una misión especial sujeta á leyes inmutables. En cuanto al conjunto del Universo, citaremos aquí una profunda observación de Humboldt acerca del sentimiento que en aquel pueblo despertaba la Naturaleza. «Uno de los caracteres distintivos de este sentimiento es que, como un reflejo del monoteísmo, abarca siempre el mundo en una imponente unidad, comprendiendo á un mismo tiempo el globo terrestre y los luminosos espacios del cielo. Así es que rara vez se detiene ante los fenómenos aislados, complaciéndose en contemplar los conjuntos. Mira siempre la Naturaleza como una obra ordenada».

Con estos antecedentes, ¿no será licito suponer que el pueblo hebreo comunicó á los demas esas nociones imperfectas que, oscurecidas por la tradición, se presentan despues como hechos aislados? ¿ó que recogió la tradición más pura y supo purgarla de errores?

Las demas doctrinas cosmogónicas de los pueblos antiguos de Asia han desaparecido sin poder arraigarse en Occidente, ante el movimiento incesante, desgastador y siempre luminoso del progreso. De ellas no ha quedado nada en nuestra sociedad; nuestra ciencia se rie de sus fábulas y de sus mitos; y sería tenido por loco el que pretendiera

hacer compatible la ciencia de Newton con los génesis de estos pueblos. Las leyes físicas del mundo, que ha descubierto un estudio de muchos siglos y todas las que se descubran en lo futuro, pueden haber salido de un Dios como el nuestro, sabio, soberano y omnipotente; pero no podrán nunca considerarse como producto de creaciones monstruosas de seres abominables y de animales maravillosos. Aquí está el germen de la posibilidad del progreso dentro de nuestra idea religiosa, y la causa del privilegio inestimable y exclusivo que goza el pueblo hebreo, cuya doctrina vive al través de los siglos, habiendo visto perecer á todas las demas y caer para siempre en el mar del olvido.

CAPÍTULO III.

GRECIA.

Carácter de la religion y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la Divinidad.

Arribamos á Grecia; á esa nación privilegiada que se considera como cuna del arte y de la ciencia; á esa nación en que suelen terminar las investigaciones científicas; por que apenas se encontrará una idea, verdade-

ra ó absurda, grave ó ridícula, que no se bosquejase en la infinidad de sistemas que predicaron sus filósofos.

La ardiente y poética imaginación de los griegos encubrió la verdad con el ropaje de la fábula, é hizo de cada observación y de cada hecho un mito. Perdida ya completamente la grandiosa creencia monoteísta, resto de una antiquísima tradición; olvidadas las primeras verdades religiosas que se conservaban confusamente en las naciones de Asia, los griegos, pueblo nuevo, que lleva en toda su pureza el sello meridional, se dieron á buscar dioses, y en vez de divinizar el universo y caer en el panteísmo, divinizaron los séres, los objetos, las acciones y los fenómenos, y cayeron en el más exagerado politeísmo.

La naturaleza deja de ser en Grecia el gran todo que formaba parte del mismo Dios, y se convierte en fecunda y alegre mansión de divinidades y de héroes, que presiden hasta los actos más insignificantes de la vida: el cielo deja de ser la magnífica obra de un Dios que se presenta en sus obras á los mortales, y se convierte en un conjunto de creaciones fabulosas que tienen su origen y su espejo en las miserias de la vida humana. Los héroes suben al cielo y los dioses bajan á la tierra.

Desaparece aquella unidad tenebrosa que

formaba la base de la filosofía india, y aparece la individualidad en toda la anarquía de que es susceptible; bórrase del universo el Dios creador y conservador, y aparecen los dioses en número infinito.

El cielo y la tierra, lo conocido y lo desconocido, no son más que un producto de fábulas mitológicas. Cada astro tiene su historia terrena; cada dios sus aventuras humanas; cada constelación su origen mundano: la vía láctea es una gota de leche de los pechos de Juno; los signos del Zodiaco son divinidades que por sus culpas han sido convertidas en constelaciones; las horas son rápidas y fugitivas diosas que dirigen el carro del Sol; el viento y la lluvia, el trueno y el rayo, el eco de los bosques y el silencio de la noche, los ríos y los volcanes, son otras tantas divinidades cuya embrollada historia forma esa mitología interminable con que los griegos reemplazaron la falta de religión y el conocimiento de Dios.

Ahora bien, estas fábulas eran el extravío de la razón que buscaba un origen humano á las maravillas de la creación; eran la ignorancia ó la ceguedad que, desconociendo una idea primitiva religiosa, no podía elevarse en la contemplación del mundo más allá de la miseria terrena, ó eran, por el contrario, tradiciones confusas divinizadas por una generación que no las comprendía?

Los que creen lo primero no buscan en la mitología griega principio alguno de verdad; mas los que se inclinan á lo segundo encuentran bajo la fábula, á fuerza de torturar su entendimiento, una interpretacion que nos parece muchas veces arbitraria.

Segun éstos, Alceo, llamado despues Hércules, llevó á Grecia el conocimiento de la esfera, por lo cual se le representa cargado con el mundo; los doce trabajos de Hércules son los doce signos del Zodiaco, que el sol recorre en un año; Orfeo fué un gran astrónomo que descubrió el órden del universo, representado en los animales que bailaban en su derredor al són de la lira; Prometeo, otro astrónomo que observaba desde un monte el curso de los astros, devorado por el deseo insaciable de saber, que la fábula representa por el buitres que devora sus entrañas; Endimion es el descubridor de los irregularidades de la luna, inconstantes, cuando todavía no se conocía su ley, como las veleidades de una jóven enamorada: el hilo de Ariadna es la luz de la astronomía con que puede recorrerse el laberinto de los cielos.

Nos cansaríamos en balde si hubiéramos de referir todas las interpretaciones que ha recibido la mitología griega. Nosotros no las admitimos: vemos á lo más en esas fábulas una explicacion vulgar de los fenómenos vi-

sibles, y no creemos que de tal modo se perdiera todo conocimiento astronómico y hubiera tal empeño, digámoslo así, en ocultarle, que hoy sea preciso inventar una nueva mitología para comprender la primitiva astronomía griega. Los historiadores por su parte hacen otra interpretacion distinta para descubrir bajo los héroes de la fábula personajes históricos, y los que se han dedicado al estudio de las religiones antiguas buscan tambien en aquel sin número de dioses recuerdos oscuros y huellas confusas de tradiciones antiquísimas.

En nuestro concepto, en Grecia no existió una astronomía propia y primitiva; no tuvo en sus primeros tiempos, como China y Egipto, un hombre estudioso ó una clase que recogiese la tradicion y la convirtiese en doctrina: no tuvo en sus primitivos tiempos ciencia propia; adquirió de otros pueblos las nociones astronómicas, que modificó despues segun su carácter, y no se dedicó, como los filósofos chinos y persas, como los sacerdotes caldeos y egipcios, al estudio, al exámen y á la observacion exclusivamente científica. Este estudio analítico era impropio del genio griego; no estaba en armonía con sus costumbres. Si en tiempos más adelantados progresaron las ciencias teóricas en Grecia, debióse sólo á las ideas que trajeron á este pais de Egipto algunos viajeros

ó proscritos, y al inmenso desarrollo de una filosofía que, caminando en infinitas direcciones y con gran libertad, debía necesariamente penetrar en el conocimiento del universo.

Por esta razón, á pesar de que los griegos no fueron nunca hombres exclusivamente observadores y científicos, como habían sido ántes los egipcios y fueron despues en parte los árabes, las ciencias tuvieron su verdadero origen en Grecia, y allí encontraron por primera vez hipótesis generales y explicaciones de sus fenómenos; allí principiaron á dividirse y á tener cada una existencia propia.

Rotos los lazos que encadenaban la ciencia en los pueblos de Asia y de Egipto, los griegos, entregados sólo á su razón, buscaron con ella la verdad; y si no la encontraron, preciso es confesar que hicieron para conseguirlo más esfuerzos que ningun otro pueblo. Esta libertad absoluta del pensamiento, madre de tanto sistema filosófico, creó, por decir lo así, la ciencia sin encontrar auxilio en una remota tradición. Por esta causa, en las naciones de que hemos hablado anteriormente, hemos encontrado observaciones y cálculos antiquísimos, operaciones rutinarias y una ciencia de hechos, y en Grecia no hallamos nada de esto; por la misma causa, al buscar en Grecia la his-

toria de la ciencia, nos encontramos ante todo con la filosofía, con las escuelas, con las sectas, con las cátedras, que explicaban á su manera la constitucion del mundo en armonía con todo un sistema especial de creencias.

Grecia poseyó más que ningun otro pueblo la propiedad de asimilarse todo lo extraño; dioses y misterios, leyes y doctrinas, costumbres y fiestas, todo tomaba carta de naturaleza en aquel bello país, abierto física y moralmente á las especulaciones y á las prácticas extranjeras. Pero el individualismo que formó el carácter permanente de los griegos, desde los mismos cantos de Homero, la libertad, la vida, la actividad, modificaban todas las creencias y todos los tipos hasta el punto de presentarlos como nuevos y originales. Por esta causa, á pesar de que en el fondo encontramos en Grecia la reproducción de las mitologías india, china y egipcia, llevadas allí por los viajeros, y á pesar de los profundos trabajos de algunos críticos que han buscado la genealogía asiática de cada mito, podemos prescindir de su origen y considerar al pueblo griego para nuestro objeto como nuevo en la historia de la filosofía. Los que con un objeto especial busquen las vicisitudes de una creencia al través de las evoluciones de la humanidad, discutirán si en Grecia hubo

algo cuyo gérmen no se encontrase en Asia ó Egipto, y la historia de las costumbres de una nacion que recibió su vida intelectual de tan diversos orígenes; nosotros vamos solamente presentando el cuadro de la doctrina, como hecho positivo, sin detenernos en estas investigaciones.

En Grecia, á pesar de los extravíos de la filosofía, es donde primero encontramos una noción clara de la divinidad, deducida sólo de la razon. No fueron muchos los filósofos que tuvieron esta idea, pero nos basta que haya algunos para suponer que los griegos se formaron del universo, en sus relaciones con la divinidad, ideas más exactas que los pueblos del Asia. Sócrates penetra con su razon en el conocimiento del universo; cree que la tierra es un punto imperceptible entre innumerables astros; niega que éstos sean dioses, y descubre en la armonía del mundo la obra de la divinidad describiendo el benéfico influjo del curso de los astros. Disputando con Eutidemo, le dice: • ¿No te se ha ocurrido nunca pensar cuánto cuidado han tenido los dioses en dar á los hombres lo que necesitan? Mira cuán necesaria nos es la luz, y cuán precioso nos debe parecer el que los dioses nos la hayan regalado; y como tenemos necesidad de descanso, nos dieron la noche para descansar.

• Quisieron que el sol, este astro tan bri-

llante y luminoso, presidiese el día para señalar sus partes, y que les sirviese, no sólo para descubrir las maravillas de la naturaleza, sino para llevar á todas partes la vida y el calor; y mandaron á la luna y las estrellas que aclarasen la noche, que de suyo es oscura y tenebrosa. ¿Hay cosa más admirable que la sucesion del día y de la noche, de la luz y las tinieblas, del trabajo y el descanso, todo para bien del hombre? ¿Qué dices de que, pasado el invierno, vuelve el sol hácia nosotros, y después que ha madurado los frutos se retira para no incomodarnos ya con su calor? Y porque no podríamos aguantar el frío y el calor si pasásemos en un instante del uno al otro, ¿no admiras que este astro se acerque y aleje de nosotros con tanta lentitud que llegamos á los dos extremos por grados insensibles? ¿Sería posible no reconocer en este orden de las estaciones una providencia que cuida hasta de nuestro placer? •

Y contestando á los que negaban los dioses, ó querían que fuesen astros, por no comprender que fuesen invisibles, decía: • ¿Acaso vemos el rayo, que rompe todo lo que encuentra? ¿Vemos los vientos, que hacen tantos estragos? ¿Vemos el alma, que nos anima? Éste gran Dios, el mismo que hizo el universo y conserva esta grande obra de partes perfectas en bondad y belleza; el que hace que no envejecan con el tiempo,

que se conserven en vigor, que le obedezcan con una puntualidad, que no falta nunca, con una rapidez que nuestra imaginacion no puede seguir; este Dios, visible sólo en las maravillas que creó, es invisible.

Estas frases, que parecen escritas por un filósofo moderno, son una prueba de la idea exacta que Sócrates tenía acerca del conjunto general del universo y del orden inteligente de los movimientos celestes.

Mas ya hemos dicho que no fué sólo Sócrates el que concibió esta alta idea de la divinidad y esta exacta nocion del universo. Anaxágoras decía: «Contemplo en el sistema y disposicion del universo el poder y la sabiduria de un espíritu infinito, causa eficiente del movimiento y distinta de la materia.» Platon indica tambien muchas veces la existencia de un sér único superior al mundo; y Jenofanes separa de la materia del universo la sabiduria eterna.

A pesar de estas citas, necesario es admitir que la mayoría de los filósofos, y el pueblo con ellos, no supieron distinguir claramente la materia del espíritu y el mundo de su Autor, de tal modo que, aun los mismos que creían en el Dios ordenador del universo rara vez le concedían el atributo de creador de las leyes naturales, que excedía los límites de la inteligencia. Estas citas son nobles excepciones en aquella filosofía

racionalista del individualismo, que venia á ser la protesta contra la nulidad tenebrosa de India y China, contra el panteísmo absorbente del mundo y del hombre.

Lactancio nos ha dejado un párrafo notable en que resume la doctrina de los filósofos más adelantados acerca de la creacion del mundo. «No es creible que la sustancia en que toman su origen todas las cosas fuese parte de la misma providencia, sino que esta sustancia tiene en sí misma y tuvo siempre una virtud intrínseca y natural, por medio de la cual le son posibles todas sus modificaciones. Lo mismo que el artifice cuando trabaja en un edificio no crea las materias, sino que emplea las que encuentra ya hechas; lo mismo que el estatuario que hace una figura de cera encuentra la cera ya creada, así tambien debe decirse que la providencia divina se encontró con la materia, no que la creó, sino que la encontró hecha como dispuesta para sus designios. De modo que, si Dios no produjo la primera materia, tampoco puede decirse que produjese la tierra, ni el aire, ni el agua, ni el fuego.»

Con estas palabras queda explicado brevemente lo que creían los griegos acerca de la creacion; pues si bien cada filósofo explicaba á su manera, como veremos despues; la produccion ó modificacion de esta

materia, sus doctrinas estaban dentro de esta idea general, y se diferenciaban sólo en cuanto al modo especial de obrar del espíritu y de la materia.

Vemos, pues, que Grecia, partiendo, no de una tradición oscura y mal conservada, sino de conocimientos científicos adquiridos principalmente en las escuelas de Egipto; fundándose, no en una idea religiosa que lo absorbía todo, sino en los esfuerzos de la razón entregada á sí propia, llegó á adquirir en los siglos prójimos á la nueva era un conocimiento del universo material más perfecto que los demas pueblos.

II.

ESCUELA JÓNICA.

Tiempos primitivos. — Escuela jónica. — Tales. Anaximandro. — Anaximénes. — Anaxagoras.

Después de haber examinado en general lo que los griegos creyeron acerca del universo, vamos á detenernos en los sistemas filosóficos que trataron de explicar su creación y estructura, para cuyo estudio dividiremos la filosofía griega en las escuelas jónica, itálica, intermedia, eleática, sofística, cínica y escéptica.

Los primeros tiempos de Grecia son, como siempre, fabulosos. Orfeo, Museo, Homero y Hesiodo participan de dioses y héroes: sus

doctrinas son la base de las primeras tradiciones: y la crítica ha discutido, no sólo sus obras y su misión social, sino hasta su existencia. Es lo más probable que estos primeros poetas, sacerdotes y sabios, trajesen de Egipto la doctrina encerrada allí en el templo, y la divulgasen, dándole un nuevo carácter.

De todos modos, en tiempo de Homero la geografía y la astronomía de los griegos estaban en mantillas. El gran poeta creía que el mundo era un disco rodeado por todas partes del río Océano: sobre este disco se apoyaba la bóveda de los cielos, por cuya sólida superficie corría el sol, llevado de poniente á oriente durante la noche en un barco de oro: debajo de la tierra estaba el Tártaro, á una distancia que, según Hesiodo, se mide por el espacio que recorrería al caer un yunque en nueve días. Los planetas eran muy poco conocidos, y en cuanto á las estrellas, parece que sólo sabían distinguir las Hyadas, las dos Osas, Sirio, Tauro y Orion.

Pero estos conocimientos primeros, confusos, participando de la teología y de la fábula, no constituyeron una ciencia. Grecia no tuvo verdadera filosofía hasta que apareció Tales, fundador de la escuela jónica.

Los jonios eran la parte más voluble y más inconstante del pueblo griego; su filosofía tiene este mismo especial carácter. To-

dos los conocimientos de esta escuela fueron más bien inductivos que deductivos; sus filósofos, apenas observaban un fenómeno, le daban una causa, descuidando muchas veces la experiencia y formando de este modo principios únicos y absolutos. Por esto la escuela jónica establece desde luego la ley universal, el principio genérico del mundo, la unidad viva que se manifiesta en diversos grados y da vida á todos los seres; esta unidad reside por sí misma, como innata y necesaria en la misma naturaleza, cuyos fenómenos son el resultado de esta actividad natural, ó lo que es igual, si hemos de emplear las palabras que emplean algunos filósofos y que nos parecen poco claras, la filosofía jónica estaba fundada en el dinamismo, no en el mecanismo.

El fundador de esta escuela fué, como hemos dicho, Tales de Mileto (639 a. J. C.), que estudió las ciencias en los templos de Egipto y pasa por el primer astrónomo griego. Tales creía en un Dios infinito; de modo que, habiéndole preguntado una vez: «¿Quién es Dios?» respondió: Una cosa que no tiene principio ni fin. Pero separaba este Dios de la naturaleza de un modo incomprendible.

El agua era para Tales el principio de todas las cosas, es decir, el principio material, el *substratum*, cuyo universal germen

húmedo, fermentado ó influido por un principio activo, que era la razón ó alma del mundo, habia producido y seguia produciendo todo lo existente por una especie de continua nutrición: el efecto de esta nutrición era, como en los seres animados, la vida. Por lo demás, el universo estaba lleno de dioses, es decir, de astros, y las estrellas eran de la misma sustancia de la tierra.

En la doctrina de Tales no hay verdadera distinción entre el mundo y la inteligencia; el principio que le hace llamar seres animados y dioses á los astros no es esencialmente distinto de la materia, en cuanto que es una virtud que reside necesariamente en ella. La inteligencia universal, unida de cierto modo indisoluble al mundo, dirige las operaciones de este y entra en ellas como elemento necesario de la vida.

Anaximandro (610-547), que sucedió á Tales, vió en el universo el efecto continuo, no de un desarrollo ó de una producción indefinida, sino de dos constantes operaciones, que llamaba elementos del caos ó de lo indefinido: la descomposición, *diacrisis*, y la recomposición, *sumcrisis*. Anaximandro aplicó esta doctrina, admisible en cuanto á la materia, á todo, desde la creación de los mundos hasta el más pequeño fenómeno. A esta doctrina llaman mecánica algunos filósofos porque, según ella, en el universo está su-

jeto todo á una ley pasiva de union y separacion de elementos, que produce alternativamente la vida y la muerte de los séres. De aquí dedujo Anaximandro esa variacion continua del universo, siempre idéntico á sí mismo en la materia, de tal modo que, aplicando como causa á esas composiciones y descomposiciones la fuerza de atraccion, se hubiera colocado á la altura de la filosofía de nuestro siglo.

Esta ley general, aplicada por Anaximandro á todos los séres de la creacion, le hizo admitir la igualdad de los astros, y por tanto la pluralidad de mundos habitados, en que se dice creian sus discipulos, y aún algunos otros filósofos de sectas distintas.

Anaximénes (550-50), discípulo de Anaximandro, buscó un nuevo elemento de que hacer depender la creacion material, y se fijó en el aire, que segun él es Dios, es inmenso é infinito, y está siempre en movimiento. No pudiendo encontrar en el aire, ni la produccion por el gérmen, á que se opone su ligereza, ni la descomposicion y recomposicion, á que se oponía su simplicidad como elemento, Anaximénes imaginó dos nuevas causas de produccion, la condensacion y la expansion: el aire condensado se convierte en sólido, en tierra, en agua, en astros; el aire extendido, dilatado, se convierte en fuego y en luz. Hay, pues, en el

mundo una sustancia única, no distinta en sus manifestaciones sino por el diferente grado de condensacion. ¿Mas cómo se efectúa esta condensacion?

No puede explicarlo Anaximénes; pero da un paso más que sus maestros, estableciendo una diferencia marcada entre el sér primitivo y los demas séres que, formados del aire, le deben la existencia.

Su discípulo Anaxágoras de Clazoménes (500), á quien muchos colocan en la escuela intermedia, fué el primero que defendió, no sólo la distincion, sino la oposicion entre lo espiritual y lo material. Anaxágoras fué tambien el primero que, dándolo todo al estudio, dejó un ejemplo á los demas filósofos que trataron de poner su conducta personal en armonía con su doctrina, carácter distintivo de los filósofos antiguos, en que ciertamente no les han imitado los modernos.

Anaxágoras era rico y abandonó sus riquezas diciendo: « Es preciso que perezcan para que yo no perezca; » llegando á tal extremo su pobreza, que dejándose morir de hambre tuvo que ir Pericles á socorrerle y decirle: « Come; porque cuando se quiere qué alumbre una lámpara, es preciso echarla aceite que la entretenga. »

Su vida era una continua contemplacion de la naturaleza. « ¿Para qué vives? le pre-

guntaban. — Para contemplar el sol, la luna y el cielo; nada mejor puedo hacer, respondía. — ¿No te acuerdas de tu patria? le decían. — Sí, contestaba mirando al cielo, me acuerdo mucho de mi patria. » Condenado á muerte por sostener que el sol era una masa de fuego y que sólo hay un Dios, respondió á los jueces: « La naturaleza tiene pronunciada esa sentencia contra mí y contra vosotros hace mucho tiempo. »

Estos recuerdos de su vida son muy suficientes para comprender que Anaxágoras se formó acerca del mundo y de la divinidad ideas mucho más perfectas, más sublimes que sus antecesores. Así es, en efecto: este filósofo admite dos principios, el espíritu y la materia, Dios y el mundo, la razón y las *homœomerías*; principios primitivos ambos, pero de desigual categoría, porque el primero es siempre superior al segundo. La razón es el principio espiritual y causa eficiente del orden universal; es inteligente y conoce así lo pasado como lo futuro; es activa como fuerza motriz del mundo; es, en fin, inmutable, eterna, infinita, idéntica y no impresionable. El principio físico tiene, como el espiritual, la propiedad de ser eterno, porque en los fenómenos de la naturaleza nada muere, sino que se descompone en elementos que vuelven despues á reunirse formando nuevos seres; pero en estas

modificaciones, lo mismo que en sus periódicos ó irregulares movimientos, que constituyen el orden, está sujeto al principio inteligente y activo.

De este modo Anaxágoras venía á parar por dos caminos distintos, *à priori* y *à posteriori*, por la observacion metafísica y por la experiencia material, á este primer principio de su doctrina. El orden y distribución del universo se deben atribuir al poder y sabiduría de un espíritu infinito; proposición que echaba por tierra el politeísmo, admitiendo un Dios único, y que, unida á la creencia de que los astros eran pura materia, fué causa de que le condenaran por ateo. Admitir el Dios único era negar los dioses.

A pesar de esto, Anaxágoras no comprendió en toda su extension la idea de la divinidad, puesto que le negó el atributo de creadora, lo cual debe considerarse como una reminiscencia de la doctrina de sus maestros, cuyas creencias conservaba en punto al primitivo estado del caos de la materia.

Anaxágoras creyó tambien en la pluralidad de mundos habitados y animados físicamente por el sol, manantial constante de calor, por ser una masa de materia inflamada; y respecto de la luna, aseguraba que tenía montes, valles, mares y habitaciones semejantes á los de la tierra.

Creía que ésta era esférica y que en su centro estaban los infiernos, como demostró cuando, ya moribundo, le preguntaron sus discípulos si quería ser llevado á su pueblo y contestó : « No; el infierno no está más lejos de un sitio que de otro. »

Diógenes de Apolonia terminó esta escuela, admitiendo, como sus maestros, que el aire era el elemento universal, pero sosteniendo que todas las cosas debían tener un principio único y comun, porque de otro modo sería imposible comprender cómo obran unas sobre otras.

III.

ESCUELA ITÁLICA.

Pitágoras. — Su doctrina y su vida. — Creencias acerca del universo. — Dudas sobre este punto — Empedócles. — Su doctrina y milagros. — Filolao y otros.

La filosofía griega había sido hasta aquí puramente inductiva. La escuela itálica, como protesta contra la ineficacia de las teorías jónicas, fué esencialmente deductiva.

Pitágoras (305), natural de Sámos é hijo de un escultor, pasó muchos años estudiando en Egipto, y despues visitó la Caldea con objeto de consultar á sus célebres magos. Al volver á su patria, indignado del despotismo que allí reinada, se trasladó á Crotona, en Italia, donde abrió su escuela, dando así nombre á su secta.

Pitágoras, segun muchos escritores, llevó á sus doctrinas toda la extravagancia de su genio y de sus costumbres, que le hacían parecer como un sabio profundo ó como un ignorante ridiculo; de tal modo, que Jamblico casi le iguala á un dios, y Lactancio le llama viejo chocho é informal.

La doctrina de Pitágoras puede calificarse usando términos modernos, de racionalismo matemático ó idealismo formal, porque, léjos de buscar la unidad concreta que había buscado los jónicos, fundó su sistema en la unidad abstracta, en el número, que participa de lo sensible y de lo ideal. Como es imposible que el número sea una abstracción del sér, Pitágoras se valía del número para expresarle bajo la forma de proporcion numérica, tratando así de hallar su forma y sus relaciones exteriores ó matemáticas con aplicacion al mundo físico.

El sistema de Pitágoras era universal y se aplicaba á todo lo existente, partiendo de la unidad absoluta ó monada universal que se manifiesta de diversa manera en otras mónadas particulares, cuyas relaciones y existencia constituyen el cósmos; de manera que la mónada primitiva, inteligente, activa y potente, es la razon de todas las demas.

Nos basta este principio fundamental de la filosofía pitagórica para explicar, así lo que el mismo Pitágoras creía acerca del

universo, como las consecuencias de su doctrina. El universo es el alma de Dios extendida por todas partes, de modo que no hay distinción esencial entre la sustancia de todos los seres, pues que éstos sólo se diferencian en las manifestaciones. Consecuencia necesaria de este principio era la transmigración, que Pitágoras llevó hasta el extremo, condenando la muerte de los animales que, en su sentir, era un ataque á la divinidad, porque eran una parte de ella; á lo cual puede contestarse con un ilustrado literato de nuestros días, que la muerte, de un animal no es censurable porque, segun la misma doctrina, no es muerte, sino variación de forma.

La armonía numérica, que Pitágoras estableció como ley del universo, debía producir un gran progreso en las ciencias exactas, que tienen por objeto precisamente el conocimiento de las relaciones numéricas. Así es que el mismo Pitágoras, aplicando su doctrina, dió el primer lugar entre las ciencias á la geometría, y llegó á prohibir la entrada en su escuela á todo el que no la hubiera estudiado.

La filosofía pitagórica no tenia en realidad original más que las consecuencias prácticas que deducia su autor; era una reminiscencia, si no una copia, de la filosofía asiática, que Pitágoras debió conocer y profun-

cizar en Egipto y en Caldea, donde pasó muchos años. En efecto, la transmigración y Dios, manifestándose esencialmente en todos los seres, son ideas antiquísimas en el Oriente; y la armonía y proporción numéricas son, como hemos dicho, la base de la filosofía china. Por esta razón Pitágoras, lo mismo que los chinos, dió un gran impulso á las ciencias exactas, llegando á indicar el verdadero método matemático, y descubriendo y demostrando una porción de teoremas. No tememos, pues, equivocarnos al asegurar que la filosofía pitagórica era una reminiscencia de las doctrinas asiáticas, modificada solamente por el carácter griego y por la libertad que gozaba Grecia y de que careció China.

La doctrina de Pitágoras nos es conocida principalmente por referencia, siendo, por tanto, bastante difícil distinguir lo que aquel filósofo dijo de lo que sus admiradores ó enemigos le hicieron decir. Por otra parte, Pitágoras estuvo más de veinte años en Egipto, pasó por las dolorosas y tremendas pruebas que los sacerdotes exigian á los que querian penetrar en el sagrado de su ciencia y llevó á Grecia esa division de la doctrina en pública y en privada que, segun muchos historiadores, no se conocía antes de su escuela. Con el tiempo hizose público lo que Pitágoras explicaba en secreto á sus

discípulos más queridos, de lo que resultó un conjunto de principios contradictorios atribuidos al mismo filósofo.

Sin embargo, parece fuera de duda que Pitágoras conoció exactamente la oblicuidad de la eclíptica, y que combatió el error de que Hesper y Lucifer fueran dos estrellas distintas, afirmando que eran diversas apariciones del mismo planeta Vénus. Suponía que existían doce esferas : el firmamento ó esfera de las estrellas, las de Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Vénus, el sol y la luna, despues las esferas del fuego, del aire y del agua, y por último la de la tierra. Estos ciclos ó esferas transparentes y sólidos giraban en tiempos desiguales alrededor de la tierra.

Créese que Pitágoras, á pesar de enseñar públicamente que la tierra estaba en el centro del universo, sostenía en sus lecciones privadas la inmovilidad del sol y la revolucion terrestre, así como la hipótesis de que los planetas estuviesen habitados por seres de distinta naturaleza física que nosotros. Plutarco asegura que los pitagóricos creían que los animales que viven en la luna son cuatro veces más fuertes que los de la tierra, y que los días y noches de nuestro satélite son iguales con los nuestros.

En cuanto á las distancias de los astros á la tierra, Pitágoras expresaba la de la

luna á nuestro globo por un tono ; de la luna á Mercurio por un semi-tono, lo mismo que de Mercurio á Venus ; de Vénus al lo tono y medio ; del sol á Marte un tono ; de Marte á Júpiter un semi-tono, lo mismo que de Júpiter á Saturno ; de Saturno á la esfera de las estrellas tono y medio ; formando así el diapason con estas distancias.

Nada podemos decir en cuanto á la exactitud de estas medidas ; las interpretaciones que algunos han hecho de ellas dan distancias muy inexactas, de tal modo que nos parece lo más probable suponer que Pitágoras no hizo observacion ni cálculo para determinarlas, sino que aplicó su teoría universal de la música á la medicion de estas distancias.

El mundo empezó, segun Pitágoras, por el fuego, accion vivificante del universo, que separaba y daba forma á los demas elementos. Algunos escritores afirman, sin que podamos asegurar con qué grado de exactitud, que aplicaba á los cuatro elementos y al universo la figura de los cinco poliedros regulares. El cubo formó la tierra, la pirámide el fuego (1), el octaedro el aire, el icosaedro el agua, y el dodecaedro el cielo su-

(1) Pirámide es una voz griega que viene de *pyros*, fuego; fué llamado así este cuerpo por su semejanza con la llama de las piras,

perior ó exterior del universo. Faverti, tratando de explicarse estas comparaciones, dice que el cubo, por ser poliedro más estable, representa la inmovilidad de la tierra; la pirámide, por su figura, la llama; el octaedro, por sus agudas puntas ó vértices, el aire que penetra en todas partes; el icosaedro, las moléculas líquidas, cuya excesiva movilidad queda así explicada; y el dodecaedro, el cielo, cuyos doce elementos eran las doce esferas de los astros.

Este empeño constante de dar á toda su doctrina un fundamento y un carácter matemáticos hizo á Pitágoras caer muchas veces en el ridículo, así como sus ideas acerca de la transmigracion y de la metempsicosis le hicieron cometer multitud de acciones impropias de un filósofo.

Lactancio, que comprendia muy bien aquellos tiempos por tenerlos presentes, se admira de la credulidad del vulgo de Crotona, que daba asenso á cuanto referia Pitágoras de sí mismo. Atribuíasele la creencia de que primero había sido Etalido, hijo adoptivo de Mercurio, que le concedió el acordarse de todas las cosas que el pasaran despues de la muerte; luego fué Euforvo y murió en el sitio de Troya; despues pasó su espíritu á Hermotimo, y cuando murió se convirtió en un pescador llamado Pirro. ¡Humana ceguedad de los que no podían

saber qué se hacia el alma despues de la muerte!

Sin embargo de lo que acabamos de escribir, opinando como la mayoría de los historiadores de la filosofia griega, debemos añadir que es tal la confusion que reina en la interpretacion de las palabras de los antiguos filósofos, que puede ponerse en duda la verdad de las opiniones que hoy se les atribuyen. Los escritores modernos, sobre todo desde que se ha introducido la costumbre de buscar la tradicion de las creencias nuevas, encuentran con facilidad sus mismas opiniones en la historia de la filosofia griega. La pluralidad de los mundos habitados, la pluralidad de las existencias humanas, la frenologia, el magnetismo, el espiritismo, y otras muchas doctrinas, cuyos defensores quieren darles la antigüedad del hombre, se encuentran, segun estos intérpretes, expresadas en todos los filósofos griegos con evidente claridad. Esto mismo sucede con la creencia en el Dios único, en el sol como centro del universo y en el movimiento de la tierra. A esta divergencia de opiniones se presta grandemente esa division y oposicion entre la doctrina pública y privada, que en nuestro concepto no fué apénas practicada en Grecia, costumbre propia del teocrático Egipto y poco acomodada al libre y abierto carácter griego.

Muchos escritores, entre ellos Bailly, se resisten á admitir que Pitágoras y los demas filósofos griegos creyesen que la tierra giraba alrededor del sol, fundándose en que es imposible llegar á adquirir un convencimiento tan opuesto al testimonio de los sentidos, sin haber podido hacer observaciones que produjeran siquiera la duda. Era preciso, en efecto, que Pitágoras fuese una especie de adivino, respecto de una doctrina que veinte sigle despues no encontraba apénas más sectarios que Copérnico y Galileo, expuestos á la persecucion por lo extraño de sus opiniones.

Hay cierta probabilidad de que trascendiesen al público falsamente interpretados los secretos, las ceremonias y las doctrinas reservadas de los misterios. Pitágoras fué tal vez el filósofo griego que ménos inventó, el ménos original. Sus largos viajes, sus profundos estudios, su iniciacion en los misterios y la transmision solamente oral de sus vastos conocimientos, hacen muy difícil conocer á fondo sus verdaderas creencias.

En Ménfis, en Ecbatana, en Babilonia, en todas aquellas célebres ciudades elegidas por los sacerdotes y los magos como centros, como capitales de la religion y de la ciencia, había templos cuyos oscuros misterios no han sido del todo conocidos; ceremonias en que la astronomía y los dioses jugaban un

papel importantísimo, y aparatos, máquinas, jeroglíficos, pinturas y alegorias en que casi siempre los astros más conocidos y notables forman el coro y la corte girando alrededor de un principio, sér ó astro superior. Los términos confusos en que algunos filósofos hablan del cielo, de los ángeles ó astros que le presiden, de su direccion por el Verbo, y de la corte sideral, autorizan á suponer que los movimientos de algunos cuerpos celestes no fueron comprendidos sino como una creencia religiosa, y en todo caso como una vulgarizacion de la significacion profunda que se les daba en los misterios.

Hasta qué punto en los filósofos que no han dejado nada escrito pudieron modificarse por el vulgo ó por los discípulos sus creencias; hasta qué punto la opinion general tomó por hechos reales lo que eran sólo símbolos ó alegorias; hasta qué punto pudo llegarse á una conviccion opuesta al testimonio de los sentidos, sin ciencias físicas que lo demostraran, no nos atrevemos á decidirlo nosotros.

La doctrina de Pitágoras preparó la que había de sostener su discípulo Empedócles (480), incluido por algunos en la escuela intermedia. Este filósofo se elevó á considerar el amor como una de las leyes supremas del universo : de aquí provino el carácter eminentemente moral de su doctrina, sus

tendencias místicas, religiosas y reformadoras, sus predicciones, sus profecías y sus milagros. Empedócles pasó por consumado en la magia y, según sus contemporáneos, purificó las aguas nocivas de un río en Selinonte, evitó las propiedades malsanas de ciertos vientos perjudiciales en sumo grado á la agricultura, y por último resucitó á Pantia; hechos que él mismo presentaba como milagrosos y que tienen fácil explicación. Dedicóse con un ardor extremado á corregir las costumbres de Agrigento; condenaba el excesivo lujo y la molición, consiguiendo que gran número de sus habitantes llegase á vivir con una sencillez espartana. « Vuestra cama se ha de componer decia á los hombres, de una piel de camello, una tienda de campaña, un manto de lana y dos almohadas. » Empleaba sus bienes en dotar á doncellas pobres y proporcionarles esposos honrados, y no quiso tomar nunca el mando supremo de la ciudad que le ofrecieron repetidas veces. No se sabe cómo murió: unos dicen que se precipitó en las cavernas del monte Etna, para hacer creer al pueblo que había desaparecido de un modo sobrenatural y mágico; otros que murió asfixiado en un subterráneo haciendo observaciones sobre sus pútridas emanaciones; y otros, en fin, que se retiró de muy avanzada edad al Peloponeso, donde murió de viejo.

Empedócles creía que el universo es uno y divino. Dios le penetra de su esencia y le dirige con su amor. Este Dios es el principio de todas las cosas y se manifiesta de dos modos distintos: en el mundo sensible y físico como una esfera, en el mundo espiritual y moral como amor.

El universo, que es eterno é imperecedero, se compone de cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego. En cuanto á la formación del mundo, Empedócles supone que estos cuatro elementos estaban primitivamente confundidos en el caos, pero animados de una fuerza repulsiva, de una especie de odio molecular; con el tiempo se fueron separando y haciéndose distintos; separados ya, el amor, que es la fuerza de atracción, los reunió armónicamente produciendo las formas regulares y simétricas y el organismo de los seres,

De modo que, según Empedócles, la vida del universo es el resultado de dos fuerzas contrarias, de las dos causas amor y odio, que dan lugar á todos los fenómenos cósmicos, y que por su continua oposición no permiten que se verifiquen ni la felicidad y regularidad completas, ni la separación ó disolución de los elementos. La existencia en este mundo es, pues, desgraciada; pero después de la muerte, el alma, en cuya inmortalidad creía este filósofo, obedece sólo á la

ley de amor ó de atraccion y se une íntimamente á Dios.

Todavía no se encuentra en está doctrina una distincion perfecta entre Dios y el mundo; todavía no se concibe en ella al Dios creador, cuya omnipotente voluntad sujeta á los mundos á sábias leyes. En realidad, Dios está en su doctrina sometido á la ley de amor que obra fatalmente. Sin embargo, la idea de Dios, que nos presenta Empedócles, es más perfecta que la de sus maestros. « Dios, decía, no está formado de miembros con cabeza de hombre, no tiene dos brazos que le cuelguen de los hombros, ni tiene piés, ni muslos, ni partes genitales; sino que es un espíritu santo, inefable, un sér de naturaleza necesaria. » De este modo Empedócles venía á concluir dando la misma definicion de Dios que han dado nuestros metafísicos por mucho tiempo, y que hoy dan nuestros moralistas: Dios es un sér necesario.

Este filósofo establecía una especie de jerarquía entre los elementos, poniendo en primer lugar el fuego, como elemento de actividad, y representando tal vez por él la ley de amor que anima toda la naturaleza. Este fuego sagrado, que ocupaba el centro del mundo, iluminaba el otro hemisferio invisible para nosotros: el sol no era más que una pálida imágen, un reflejo de este fuego. Los

movimientos de los astros iban siendo en su opinion cada vez más rápidos: al principio el sol se movía con tanta lentitud, que el día equivalía á diez meses; decreció despues hasta siete meses, y últimamente á veinticuatro horas.

Esta ridícula preocupacion, como otras muchas que se refieren de Empedócles, como su magia y sus milagros, como sus transmigraciones, que le habían ido perfeccionando hasta convertirle de arbolillo y rana en hombre, son para la mayor parte de los escritores que han analizado su doctrina errores introducidos en ella por la ignorancia del vulgo, ó tal vez ideas sueltas de la doctrina pública en que solía seguir las opiniones del pueblo, segun le había enseñado su maestro Pitágoras.

Filolao, discípulo tambien de este gran filósofo y partidario de la transmigracion, se dedicó más bien á conocer el sistema astronómico que á presentar ó defender una teoría filosófica. Creía que la luz existía extendida por todo el universo, y que el sol no era más que una masa de vidrio que la reflejaba sobre la tierra y otros astros. Pero el mérito principal de Filolao fué explicar y demostrar públicamente un movimiento de la tierra alrededor del Sol. Segun hemos dicho anteriormente, no puede creerse que Filolao fuese el descubridor de esta gran hipótesis

que, en el caso de existir en Grecia como hecho astronómico, debió aprender de su maestro; pero muchos le han atribuido la invención por haberla dado á luz.

No fué Filolao el único de quien se dice que sostuvo esta verdad: en la misma sècta de Pitágoras hubo muchos, más distinguidos como astrónomos que como filósofos, que lo enseñaron así. Seleuco de Eritrea decía que la tierra giraba como la circunferencia de una rueda: Ecfanto explicaba el movimiento de rotación sobre el eje, pero negando el movimiento de traslación; y Aniceto de Siracusa indicaba que todos los astros podían estar en reposo y sólo la tierra en movimiento en el universo, produciéndose así los mismos fenómenos que si se moviese el cielo. Por último, Enopides de Chio admitía que el mundo había pasado por grandes transformaciones, y que los astros habían variado de camino. Creía que el sol había recorrido ántes la vía láctea, y suponía que estas transformaciones eran continuas; pero sin explicarlas satisfactoriamente.

A los ojos del erudito y del historiador que se fija sólo en la expresion de una idea, estas creencias y opiniones podrán ser muy importantes en la generacion de las ideas modernas; mas para el hombre de ciencia que busca la convicción, el desarrollo lógico del pensamiento, la verdad demostrada ú

observada, apenas tienen significacion alguna, y sólo pueden compararse á las aventuradas hipótesis á que hoy se entregan poéticamente en obras de imaginacion hombres ajenos á la ciencia, que mañana pueden pasar por profetas.

IV.

ESCUELA ELEÁTICA.

Carácter y division de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito.

La filosofía griega había recorrido con las escuelas jónica é itálica el primer período de su existencia: había buscado en el número y en la naturaleza, objeto primero de toda observacion primitiva, el secreto del orden universal y la razon de las cosas. Pero estos dos principios no podían dar de sí más que lo que dieron en manos de Tales y de Pitágoras. Era necesaria en el orden lógico una nueva escuela, un nuevo punto de parada en aquella circunferencia que los filósofos iban descubriendo alrededor de la verdad sin dar nunca con ella. La naturaleza y el número se prestaban á confundir el espíritu y la materia, la causa y el efecto; un nuevo progreso debía separar estos dos elementos. Así lo hizo la escuela eleática; pero los separó mal: en vez de distinguirlos y dar á cada uno su